

## 12. ETICA Y POLITICA. SOBRE LA NECESIDAD, DECADENCIA Y GRANDEZA DEL GOBIERNO DE LAS LEYES

Eusebio Fernández  
Universidad Carlos III de Madrid



ORINA Yturbe ha señalado acerca de la Filosofía Política del profesor Norberto Bobbio que, “en casi cada una de sus obras Bobbio se ocupa de cuestiones fundamentales —teóricas y prácticas— relacionadas con la política, sin que por ello pueda hablarse propiamente de una teoría general de la política”<sup>1</sup>.

Sería un esfuerzo desmesurado analizar en un breve trabajo todas las cuestiones de reflexión política que Bobbio plantea o responder a la pregunta de si se puede hablar o no de una teoría general de la política en sus aportaciones, o incluso de cuál es su concepción de la filosofía política y las diferencias con otros acercamientos teóricos al fenómeno de la política, como es el caso de la ciencia política<sup>2</sup>.

Mi objetivo es mucho más modesto. Pretendo partir del análisis de los fines de la política, según nuestro autor, para más tarde comparar esos “dos

códigos diferentes pero necesarios” que son la ética y la política. Dado que la relación normal entre ellos es de tensión y que, siguiendo a Bobbio, no se puede prescindir de la ética ni de la política en la organización de los asuntos humanos, plantearé, la necesidad y superioridad del gobierno de las leyes de una sociedad liberal-democrática. Se trata de una forma de evitar caer en los dos extremos, igualmente insuficientes, de una ética de principios perfecta pero poco humana y de una política realista pero poco moral. Al mismo tiempo, se podría establecer, a través del Gobierno de las leyes o Estado de Derecho, en primer lugar, un mínimo ético, suficiente en una sociedad plural y libre que ensaya modelos de justicia y se interesa en intentar realizarlos en instituciones jurídico-políticas, y, en segundo lugar, un puente sólido, con la solidez que dan al Derecho la autoridad y la fuerza, entre la ética y la política.

Si todas estas aspiraciones llegan a ser recogidas en el ordenamiento jurídico de una sociedad, parece lógico que empecemos a plantearnos, o si-gamos hablando, de si hay razones pertinentes a favor de la existencia de una obligación moral de obedecer al Derecho o, en el caso de que el contenido de éste nos cree problemas no agobiantes de conciencia, de si no está justificada moralmente, al menos, la exigencia de respeto y la consideración de la importancia del cumplimiento del Derecho por parte de sus destinatarios.

## I. LA POLITICA

Hay que tener en cuenta de forma previa, ha señalado N. Bobbio, que la política es una actividad humana vinculada con el poder y que “el poder político pertenece a la categoría del poder de un hombre sobre otro hombre (no del poder del hombre sobre la naturaleza)”<sup>3</sup>. Además, conviene no olvidar que el elemento distintivo del poder político, en relación con otras formas de poder como el poder ideológico y el poder económico, es el hecho de la posibilidad de recurrir a la fuerza y que es “en toda sociedad de desiguales el poder supremo, es decir, el poder al cual todos los demás de alguna manera están subordinados”<sup>4</sup>.

Comprendida así la política, cabe preguntarse: ¿tiene algún fin específico? Para N. Bobbio “puede hablarse correctamente al menos de un fin mínimo de la política: el orden público en las relaciones internas y la defensa de la integridad nacional en las relaciones de un estado con los otros estados. Este fin es mínimo porque es la condición *sine qua non* para el logro de todos los demás fines y es, por lo tanto, compatible con los mismos”<sup>5</sup>.

## II. ETICA Y POLITICA

Una vez establecido el fin específico de la política resulta más sencilla la respuesta a la pregunta: ¿obedecen la ética y la política a un mismo código de reglas o se rigen por códigos diferentes? Si, por un lado, la política y la moral tienen en común un mismo ámbito, que es el de la acción humana, por otro lado se distinguen por el diferente criterio de valoración y de justificación empleados por ellas: lo que es obligatorio en moral no quiere decir que sea obligatorio en política, lo que es lícito en política no incluye necesariamente la licitud moral y puede haber acciones morales impolíticas o apolíticas y acciones políticas que son inmorales o amorales. Ello nos lleva al ámbito de lo que se entiende por autonomía de la política, que no quiere decir otra cosa que la aceptación del principio de que el criterio con el que se considera buena o mala una acción política es distinto del criterio con el que se considera buena o mala una acción moral, “si por una parte —escribe Bobbio— el criterio para juzgar una acción como moralmente buena o mala es el respeto de una norma cuyo ordenamiento es considerado categórico, independientemente del resultado de la acción (“haz lo que debes y que suceda lo que pueda”), el criterio con el cual se juzga una acción como políticamente buena o mala es el resultado, pura y simplemente (“haz lo que debes para que suceda lo que quieres”). Los dos criterios —añade Bobbio— son inconmensurables”<sup>6</sup>.

Norberto Bobbio vuelve sobre estos temas frecuentemente en sus escritos. Así, por ejemplo, en un importante artículo publicado en el periódico *La Stampa*, el 6 de marzo de 1979, y que lleva el significativo título de “Dos códigos diferentes, pero necesarios”. Aquí nos dirá que el juicio moral y el juicio político no coinciden, porque los criterios de valoración de las acciones “son irreductibles. Una acción moralmente buena es la que ha sido realizada dentro del respeto a ciertos principios universales (o creídos tales por quien los realiza); una acción políticamente buena es una acción que ha tenido éxito (que ha logrado el fin que los agentes se habían propuesto)”<sup>7</sup>.

Para nuestro autor se han realizado varias tentativas históricas para solucionar el contraste entre el juicio moral y el político, entre la ética y la política. Estas pueden reducirse a dos principales: “Según se resuelva la política en la moral” (piénsese en la figura clásica del príncipe cristiano) o “la moral en la política” (sería el caso del *Leviatán* de Hobbes); “soluciones ambas doctrinarias —califica agudamente Bobbio— que siempre han escapado a la comprensión del mundo complejo y turbido de las pasiones humanas, por un lado, y a la conciencia de las fuerzas ideales que mueven a los hombres

de fe, por el otro”<sup>8</sup>. Ambas teorías desconocen que tanto la moral como la política tienen sus exigencias propias.

El problema del contraste, insiste Bobbio, es insoluble, ya que los dos códigos, moral y política, son distintos, “porque corresponden a dos exigencias diferentes: respectivamente, la convivencia dentro de la comunidad el primero, y la supervivencia de la comunidad respecto de las otras comunidades el segundo”<sup>9</sup>.

Pero, además de tratarse de dos códigos diferentes, nos encontramos con el hecho de que son igualmente necesarios. Si fueran posibles las dos siguientes hipótesis desaparecería la insolubilidad del problema: una es que todos los hombres actuaran moralmente, la otra que los Estados no persiguieran el poder, sino la justicia. Pero la realidad es que ni la moral ni la política se bastan por sí solas para garantizar, a la vez, la convivencia civilizada y la supervivencia. “Precisamente —concluye Bobbio— porque ni una ni otra se han realizado hasta ahora, y no veo próxima una reforma moral universal ni la única auténtica revolución, la destinada a crear el Estado de justicia y no sólo de palabra, son ambas necesarias aunque continúen siendo irreductibles”<sup>10</sup>.

A todo lo anterior hay que añadir algunos aspectos que N. Bobbio desarrolla en su trabajo de 1986, “Ética e política”<sup>11</sup>. Allí insistirá en la idea de que “cuando se habla de moral o de ética en relación con la política se está haciendo referencia a la moral social y no a la individual, esto es, a la moral que tiene que ver con las acciones de un individuo que interfieren con la esfera de las actividades de otros individuos”<sup>12</sup>.

También vuelve sobre la idea de la autonomía de la política con respecto a la moral (autonomía y no independencia o antagonismo total) y señala una tesis que me parece interesante, y a la que se ha referido Corina Yturbe, la de que “una vez aceptadas ciertas reglas morales, la conducta política no conforme a ellas debe ser justificada, es decir, lo que tiene necesidad de ser justificado es la desviación y no la regla (esto es, los principios morales); puede haber entonces desviaciones injustificables y, por tanto, inadmisibles”<sup>13</sup>).

### III. EL GOBIERNO DE LAS LEYES

Soy consciente de que tanto en la creación como en la aplicación de las normas jurídicas se retratan y reproducen los problemas derivados de la influencia de la moral y de la política en el Derecho. Las tensiones entre

ética y política se trasladan al Derecho. Sin embargo, el Derecho, por sus propias características, puede aportar soluciones más eficaces a los problemas de la convivencia humana. Creo que el gobierno de las leyes puede “dulcificar” los conflictos, muchas veces irresolubles, entre la ética y la política. La solución es una solución de compromiso (¿no es el Derecho, sobre todo, la elaboración de normas de compromiso para solucionar los conflictos humanos?), pero quizá no quepa otra que nos ahorre más riesgos y que evite sufrimientos humanos innecesarios. “A lo largo de toda la historia del pensamiento político —indica Norberto Bobbio— se encuentra insistentemente la pregunta: ‘¿Qué gobierno es el mejor, el de las leyes o el de los hombres?’ Las respuestas alternas a esta pregunta constituyen uno de los capítulos más significativos y fascinantes de la filosofía política”<sup>14</sup>. Así comienza la última parte, titulada “¿Gobierno de los hombres o gobierno de las leyes?”, de su obra *El futuro de la democracia* (1984).

El asunto tiene que ver, como es fácil de intuir, con las distintas perspectivas acerca de la mejor forma de gobierno y, concretamente, con el modo de gobernar. En un caso, y utilizando las palabras de Platón, se trata de ver a la ley como “señora de los gobernantes”; en el otro caso la ley tiene “la condición de súbdita sin fuerza”<sup>15</sup>.

Las dos tesis, primacía de la ley o primacía del gobernante, son opuestas. Lo que para una es su característica más importante se convierte en su aspecto más negativo para la postura contraria. La necesidad de la generalidad de la ley, puesto que, como señaló Aristóteles en la *Política*, “la ley está exenta de pasión, mientras que toda alma humana la tiene necesariamente”<sup>16</sup>, nos conduce, al mismo tiempo, a descubrir su insuficiencia, al no poder comprender todos los casos posibles. Una tesis presupone buenas leyes para evitar que los malos gobernantes usen el poder para sus propios fines; la otra parte del presupuesto de la existencia del buen gobernante. Con palabras de Bobbio, “mientras que la primacía de las leyes protege al ciudadano de la arbitrariedad del mal gobernante, la primacía del hombre lo protege de la aplicación indiscriminada de la norma general; por supuesto, siempre que el gobernante sea justo”<sup>17</sup>.

Planteada así la alternativa, gobierno de las leyes o gobierno de los hombres, para nuestro autor la tesis de la superioridad del gobierno de las leyes no sólo “recorre toda la historia del pensamiento occidental”, sino que también (y quizá aquí se valora esa historia de una forma optimista, al menos si examinamos la práctica política) ha sido “la respuesta ampliamente predominante en el curso de los siglos”. Esa sería la línea seguida desde Solón

y Cicerón (por citar ejemplos de la Antigüedad clásica), hasta el moderno concepto de Estado de Derecho, sin olvidar el pensamiento político medieval.

Otro punto que merece ser tomado en consideración es que el concepto de “gobierno de la ley” incluye dos aspectos distintos, aunque claramente conectados entre sí. Estaría, en primer lugar, el gobierno de la ley como gobierno *sub lege* y, en segundo lugar, el gobierno de la ley como gobierno *per leges*. Las ventajas del uno se pueden añadir a las del otro, “los méritos del gobierno *sub lege* —indica Bobbio— consisten en impedir o, por lo menos, obstaculizar el abuso de poder, mientras que los méritos del gobierno *per leges* son otros. Más aún, hemos de decir que la mayor parte de los motivos de preferencia por el gobierno de la ley sobre el gobierno de los hombres, adoptados empezando por los escritores antiguos, están ligados al ejercicio del poder mediante normas generales y abstractas. En efecto, los valores fundamentales a los que se han remitido variamente los partidarios del gobierno de la ley, la igualdad, la seguridad y la libertad, quedan ya garantizados por los caracteres intrínsecos de la ley entendida como norma general y abstracta, más que por el ejercicio legal del poder”<sup>18</sup>.

En definitiva, creo que nuestra concepción actual de las características del Estado de Derecho, el desarrollo del constitucionalismo<sup>19</sup> y las propias instituciones jurídico-políticas de la democracia liberal, son buena expresión de las realizaciones de estos dos enfoques del gobierno de las leyes, *sub lege* y *per leges*.

Veamos ahora en qué consiste el gobierno de los hombres. “Como alternativa positiva —señala N. Bobbio— al gobierno de las leyes, se presenta, en su forma más rudimentaria, a través de la figura del soberano-padre o del soberano-amo, o bien en la concepción paternalista o patriarcalista, dentro del límite, aún despótico, del poder, en aquellas doctrinas en que el Estado es considerado como una familia grande, o paterna, o patriarcal, o señorial, según los autores, y el poder del soberano es asimilado al padre, o del patriarca, o del amo o señor”<sup>20</sup>.

El gobierno de los hombres se sustenta tanto en la asimilación del soberano al cabeza de familia, cuyos hijos-súbditos son incapaces jurídica y políticamente, como en la idea de que el ejercicio del poder no discurre según normas preestablecidas, sino mediante decisiones *ad hoc* legitimadas en la prudencia y sabiduría del gobernante. La figura clásica del gran legislador representaría el ejemplo y la necesidad de conceder superioridad al gobierno del hombre sabio respecto al de las buenas leyes. “De este modo —aclara Bobbio— el principio del buen gobierno queda completamente subvertido

respecto del buen gobierno de las leyes: no es la buena ley la que hace al buen gobernante, sino el sabio legislador que desempeña el buen gobierno introduciendo buenas leyes”<sup>21</sup>.

Otro ejemplo nos lo brindaría la figura, también clásica, del fundador de Estados. Sin embargo, y como bien anota N. Bobbio, tanto el gran legislador como el fundador de Estados corresponden a personajes excepcionales en situaciones excepcionales de inicio de un nuevo orden político o de ruptura con el anterior. Esta situación de excepcionalidad nos lleva a replantearnos la validez de la alternativa gobierno de las leyes o gobierno de los hombres, puesto que es posible que no se trate de una oposición en su sentido puro. Esa parece ser la postura de nuestro autor, para quien la pregunta ¿gobierno de las leyes o gobierno de los hombres? “acaba por ser una pregunta mal formulada, ya que uno no excluye al otro”<sup>22</sup>. Ejemplos históricos que validan esta tesis los hay y algunos de ellos, como la figura del dictador romano, son notables y han sido destacados numerosas veces a lo largo de la historia del pensamiento político. Recordemos que la institución del dictador en la República romana es una figura excepcional en situaciones de excepcionalidad. Se atribuyen a una persona todos los poderes y se suspende la validez de las leyes normales cuando se da una situación de especial peligro público y de gravedad para la supervivencia del Estado. Pero todo ello de forma temporal, mientras dure esta gravedad y ese peligro, puesto que el “cometido del dictador es precisamente el de restablecer el estado normal y, en consecuencia, la soberanía de las leyes”<sup>23</sup>.

El tema planteado por N. Bobbio no deja de tener gran interés para la reflexión política, a la vez que podría ser fuente de imaginación en la solución de crisis políticas que nos son familiares por su actualidad. Me pregunto si es compatible la lealtad y el respeto por el gobierno de las leyes, al fin y al cabo la defensa del Estado de Derecho, con la posibilidad abierta a utilizar el gobierno de los hombres, de hombres excepcionales en situaciones excepcionales. Creo que esos hombres de Estado y legisladores extraordinarios pueden ser encuadrados perfectamente en el gobierno de las leyes (aunque siempre habría que evitar que queden “asfixiados” por la mediocridad y el conservadurismo interesado de los cuadros y élites de los partidos políticos dominantes), estimulando y realizando la reforma de las leyes inadecuadas o ineficaces, pero sin romper las propias reglas de juego, salvo en el caso, muy raro, de que las leyes sean totalmente incapaces de posibilitar la convivencia en paz y libertad. De la misma forma, el tratamiento de las situaciones excepcionales puede y debe ser regulado por el “gobierno de las leyes”.

En definitiva, considero que tiene sentido mantener la alternativa “gobierno de las leyes” o “gobierno de los hombres” y abogar rotundamente por

la primacía y superioridad del “gobierno de las leyes”. El riesgo y el peligro de unas leyes mediocres es menor que el de unos malos gobernantes; el beneficio de una buena Constitución es más duradero que el de los buenos políticos.

Pero no es mi postura la que aquí interesa prioritariamente, sino la del propio profesor Bobbio, oigámosla: “Si... se me pide que abandone el ropaje del estudioso y asuma el del hombre comprometido en la vida política de su tiempo, no siento el menor empacho de decir que mis preferencias se dirigen al gobierno de las leyes, no al de los hombres. El gobierno de las leyes celebra hoy su propio triunfo en la democracia. ¿Qué es la democracia sino un conjunto de reglas (las llamadas reglas de juego) para la solución de los conflictos sin que se haya de recurrir al derramamiento de sangre? ¿Y en qué consiste el buen gobierno democrático sino, ante todo y sobre todo, en el más riguroso respeto de estas reglas? Personalmente no tengo ninguna duda en lo tocante a las respuestas a esta pregunta. Y precisamente porque no tengo dudas, puedo concluir tranquilamente diciendo que la democracia es el gobierno de las leyes por antonomasia”<sup>24</sup>.

Sin duda, es el profesor Bobbio uno de los filósofos de la política contemporánea que más ha aportado, por un lado, a la causa de la justificación y defensa de la democracia, y, por otro lado, al análisis de sus defectos en la práctica, de sus paradojas, de sus límites en la teoría y de “las promesas no cumplidas”. Se trata de una serie de temas ampliamente desarrollados por él a lo largo de su vida y que han sido objeto de discusión y tratamiento por parte de los estudiosos de su obra<sup>25</sup>. Ello me da motivos para justificar que no sean objeto de este trabajo, aunque sí me gustaría decir algo sobre este asunto.

Norberto Bobbio no es partidario de cualquier tipo de sistema democrático. Su democracia es, en primer lugar, una democracia procedimental, donde se insiste en la necesidad de mantener la vigencia de un serie de reglas de juego, con requisitos y características bien definidas, que nada tienen que ver con una democracia sin valores. Y ¿cuáles son esas reglas del juego y esos valores? Fundamentalmente, y aquí nos encontramos con un segundo rasgo de su concepción de la democracia, los de una democracia liberal. En tercer lugar, el modelo que realiza la democracia procedimental y liberal es el de una democracia representativa e indirecta. Bobbio llama la atención, al respecto, sobre lo que en uno de sus trabajos denomina “el fetiche de la democracia directa”<sup>26</sup>. La democracia directa, como mucho, podría llegar a ser un correctivo o complemento de la democracia representativa, nunca su sustitución.



A muchos estudiosos de su obra les ha sorprendido la confianza, no exenta de crítica, de Bobbio en la democracia representativa y el rechazo a la democracia directa. Más sorpresa aún parecen haber creado sus simpatías y diálogo con el socialismo democrático. En todo caso, el equilibrio total entre el liberalismo y la democracia por un lado y la democracia liberal y el socialismo democrático<sup>27</sup> por otro, es difícil de lograr y mantener, y no existe ninguna razón especial para pensar que el profesor N. Bobbio se encuentre inmunizado contra esas tensiones inevitables en la teoría y práctica políticas. Por ejemplo, Perry Anderson se pregunta “¿cómo llegar entonces, dentro de este marco, al socialismo?”, “su lucidez y honestidad —responde— no permiten a Bobbio evadir u oscurecer la dificultad del problema. No da ninguna respuesta nítida o definitiva: las vacilaciones de su pensamiento son muy evidentes aquí”<sup>28</sup>. Más tarde, en el mismo trabajo, añadirá: “Bobbio queda como un pensador sincera y admirablemente progresista en sus simpatías e intenciones personales: un liberal ilustrado de gran envergadura. Pero lo que muestra en sus escritos es la lógica de su problemática inicial y persistente, en contra de estas intenciones”<sup>29</sup>. A mí me parece que el progresismo, teórico y práctico, de Bobbio no lo es sólo en simpatías e intenciones, siempre que por progresismo se entienda la lucha por la dignidad, la libertad y la igualdad de los seres humanos y la búsqueda de la verdad mediante la crítica continua. Además, hemos de reconocer en él un gran ingenio a la hora de plantear problemas filosófico-políticos y un enorme rigor y valentía para rechazar soluciones simplistas, definitivas, dogmáticas o interesadas. El desarrollo de la democracia liberal y los acontecimientos en los países gobernados por dictaduras comunistas deben llevarnos a aceptar que sus análisis teóricos sobre la democracia, iniciados hace ya varias décadas, no han estado mal encaminados.

Finalmente, opino que hablar de “vacilaciones de su pensamiento” es más un timbre de gloria que motivo de crítica. Dios nos libre de los que nunca dudan. Entre la cómplice pasividad y la militancia del fanático caben otras posturas, algunas de ellas muy honrosas. En el caso del profesor Bobbio, no podía ser de otra manera en quien en los años cincuenta, y en una respuesta a Palmiro Togliatti, citaba como “los frutos más sanos de la tradición intelectual europea la inquietud de la investigación, el sabor de la duda, la voluntad de diálogo, el espíritu crítico, la ponderación del juicio, el escrúpulo filológico y el sentido de la complejidad de las cosas”<sup>30</sup>.

---

<sup>1</sup> CORINA YTURBE: “Norberto Bobbio: política, realismo y ética”, en varios autores, *Filosofía política. Razón e historia*, Coord. Fernando Quesada, Ed. Anthropos, Barcelona, 1991, p. 58.

## ■ LA FIGURA Y EL PENSAMIENTO DE NORBERTO BOBBIO

<sup>2</sup> De BOBBIO pueden consultarse sus trabajos “Dei possibili rapporti tra filosofia politica e scienza politica”, en el vol. colectivo *Tradizione e novità della filosofia della politica*, Quaderni degli Annali della Facoltà di Giurisprudenza, Bari, 1971, y “Considerazioni sulla filosofia politica”, *Revista Italiana de Scienza Politica*, I, 1971.

Sobre Bobbio ver el libro colectivo, editado por L. Bonaparte y M. Bovero, *Per una teoria generale della politica. Scritti dedicati a Norberto Bobbio*, Passigli Editori, Florencia, 1986.

<sup>3</sup> BOBBIO, N.: “Política”, en *Diccionario de Política*, tomo 2.º, L-Z, dirigido por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, traducción de Raul Crisafiu, Alfonso García, Mariano Martín y Jorge Tula, Siglo XXI Editores, Madrid, 1982 (1.ª ed. italiana, Turín, 1976), p. 1241.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, pp. 1242 y 1243.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 1245.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 1250.

<sup>7</sup> BOBBIO, N.: “Dos códigos diferentes, pero necesarios”, incluido en el libro *Las ideologías y el poder en crisis*, Ed. Ariel, Barcelona, 1988, trad. de Juana Bignozzi (ed. original italiana de 1987), p. 100.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, pp. 101 y 102.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, pp. 102 y 103.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 103.

<sup>11</sup> NORBERTO BOBBIO: “Ética e política”, *Micromega*, núm. 4, 1986.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 99.

<sup>13</sup> CORINA YTURBE: “Norberto Bobbio: política, realismo y ética”, *op. cit.*, p. 62.

<sup>14</sup> NORBERTO BOBBIO: *Il futuro della democrazia*, cito por la traducción de Juan Moreno, en Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1985, p. 197.

<sup>15</sup> PLATON: *Las leyes*, 715 d.

El texto es el siguiente: “Pues en aquella (ciudad) donde la ley tenga la condición de súbdita sin fuerza, veo ya la destrucción venir sobre ella, y en aquella otra, en cambio, donde la ley sea señora de los gobernantes y los gobernantes siervos de la ley, veo realizada su salvación y todos los bienes que otorgan los dioses a las ciudades.” Edición bilingüe, traducción, notas y estudio preliminar de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983, tomo 1, p. 145.

<sup>16</sup> ARISTOTELES: *Política*, 1286. Cito por la edición bilingüe, traducción, notas e introducción de Antonio Gómez Robledo, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1963, p. 97.

<sup>17</sup> BOBBIO, N.: “Ed. futuro de la democracia”, *op. cit.*, p. 200.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, pp. 204 y 205.

<sup>19</sup> Sobre el significado “garantista” de la Constitución, como significado específico y sustantivo de la Constitución en sentido estricto, puede consultarse el capítulo 1.º del libro de GIOVANNI SARTORI *Elementos de Teoría política*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, trad. de M. Luz Morán, pp. 13 y ss.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, pp. 210 y 211.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 213.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 216.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 215.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, p. 221.

<sup>25</sup> Sigue siendo imprescindible la consulta del libro de ALFONSO RUIZ MIGUEL *Filosofía y Derecho en Norberto Bobbio*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983. Entre los numerosos trabajos que se han publicado dentro de nuestro país se pueden ver los de PERRY ANDERSON *La evolución política de Norberto Bobbio* y JOSE M. GONZALEZ GARCIA “Límites y aporías de la democracia representativa en Norberto Bobbio”, en *Teoría de la democracia*, José M. González y Fernando Quesada (coords.), Ed. Anthroppos, Barcelona, 1988, pp. 21 y ss. También de JOSE M. GONZALEZ GARCIA ver “¿Crisis de la democracia representativa?”,

en *Filosofía política*, J. M. González García y Fernando Quesada (comps.), Arbor, Madrid, noviembre-diciembre de 1987, pp. 49 y ss.

<sup>26</sup> Ver “¿Qué alternativas a la democracia representativa?”, incluido en el libro *¿Qué socialismo?*, Plaza y Janés, Barcelona, 1978, trad. de Juan Moreno. Ver también *Estado, gobierno, sociedad: Contribución a una teoría general de la política*, Plaza Janés Editores, Barcelona, 1987, trad. de Luisa Sánchez García, pp. 171 y ss.

<sup>27</sup> Sobre las relaciones de N. Bobbio con el movimiento del socialismo liberal en Italia, ver RENATO TREVES: *Sociología del Derecho y Socialismo liberal*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991, traducción de Luis C. Aparicio y Rafael de Asís, pp. 69 y ss.

Recientemente ha tocado el tema Chantal Mouffe en el trabajo “¿Hacia un socialismo liberal?”, publicado en el núm. 45 de la revista *Leviatán*, otoño 1991, pp. 63 y ss. Para esta autora “el único socialismo que todavía tiene futuro es el socialismo liberal”... “Con notable coherencia, Bobbio ha expuesto la tesis de que los objetivos socialistas *podrían* alcanzarse en el marco de la democracia liberal, el cual, por otra parte, es el *único* marco aceptable para que se realicen” (p. 64).

Chantal Mouffe objeta el “individualismo” de N. Bobbio, argumentando que la concepción individualista puede llegar a obstaculizar la expansión de los ideales democráticos. “En su opinión, si queremos —señala— dar soluciones a los problemas con que se enfrentan las democracias liberales actuales y crear una articulación efectiva entre los objetivos socialistas y los principios de la democracia liberal, tendremos que superar el marco de referencia del individualismo” (n. 70). Me parece que la presente objeción no es acertada, teniendo en cuenta que en varias ocasiones N. Bobbio distingue entre un individualismo ético y el individualismo económico o posesivo o el político. Así, por ejemplo, habla del liberalismo ético como “la doctrina que coloca en el primer lugar de la escala de valores al individuo y, en consecuencia, la libertad individual, en el doble sentido de libertad negativa y de libertad positiva” (en *El futuro de la democracia*, cit., p. 148). Creo que cualquier ideal de libertad de los seres humanos debe partir inexcusablemente de la referencia al individualismo ético y que, por tanto, más que un obstáculo al desarrollo de la democracia se trata de su principal razón de ser.

<sup>28</sup> P. ANDERSON: “La evolución política de Norberto Bobbio”, *op. cit.*, p. 35.

<sup>29</sup> *Op. cit.*, p. 37.

